

RELACION

de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores del, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse:

EN UN SOLO CANTO.

Por tal orden habemos caminado
En la trama y urdiembre desta tela,
Que ya, bendito Dios, hemos tornado
A la costa del Cabo de la Vela;
Donde para cumplir lo profesado
Hay bastante razon que me compela,
Como quien sabe bien aquel camino
Y ha sido mucho tiempo su vecino.

Puntas y promontorios señalados
Se meten en la mar desta frontera,
Altura de la cual son doce grados,
Segun cuenta de gente marinera;
Vense los montes altos y nevados
Que Santa Marta tiene por cimera;
Y el hermano mayor de los Colonos
Fué quien primero vido sus ancones.

Al tiempo que venian navegando
Y de la tierra con algun desvío,
Vieron aqueste cabo blanqueando
Que parecia vela de navío;
Después que ya se fueron allegando
Al desengaño del y su bajío,
El Cabo de la Vela se le puso
Por la similitud en aquel uso.

Es costa de cardones y de espinas,
Estéril y de secos arenales;
Gentes que por allí le son vecinas
En extremo son malas y bestiales,
A los cuales llamamos los cocinas
De quien hemos ya dicho grandes males;
Hay copia de conejos y venados,
E ya gran muchedumbre de ganados.

Porque la tierra dentro, buenos ratos,
Hay campos estendidos, grandes llanos,
Do muchos tienen hoy muy grandes hatos,
Mayormente Miguel de Castellanos,
A quien de ricos tractos y contratos
La fortuna le dió llenas las manos;
Faltan ya para él indios de guerra,
Y no le sirven mal los de la tierra.

Hicieron pues aquí sus vecindades
Gente que de Cubagua procedia,
Compelidos de las necesidades
Causadas por faltar la granjeria,
De perlas, de que grandes cantidades
Un tiempo por aquella mar habia,
Y acá se prometían copia harta
Por noticia de los de Santa Marta.

Es Diego de Paredes buen testigo,
Soldado del primer descubrimiento,
A quien conozco yo por gran amigo
Y en Tunja tiene buen repartimiento;
El cual yendo á hacer cierto castigo
En los indios cocinas que ya cuento,
Vió de sartas de perlas buena trama,
Y desde entonces se tendió la fama.

Mas porque ciegame se no se mueva
De Cubagua la dicha granjeria,
Pero Ruiz de Tapia gente lleva
Y hizo cata donde se decia:
Halló tan buena muestra, que la nueva
No pareció ser vana ni baldia;
Y así la nueva Cáliz y sus hijos
Hicieron muy solemnes regocijos.

Crece placer y nacen nuevos bríos
Con las nuevas que dan descubridores;
Apréstanse canoas y navíos
Y gran suma de indios pescadores,
Con todos los pertrechos y atavíos
Necesarios á nuevos pobladores;
Y al olor de riquísimos hostiales
Salieron muchas casas principales.

La del mariscal Diego, caballero,
La del jurado Joan de la Barrera,
Potentes en haciendas y en dinero,
Con otros muchos que en aquella era
En tractos de caudal sano y entero
Corrian prosperísima carrera,
Tanto que los criados fueron amos
De muchos hombres nobles que llamamos.

Y la del tesorero Castellanos,
Ansimismo Bartolome Carreño,
De quien el alabanza de mis manos
Y el mas alto loor será pequeño:
Pedro y Diego de Almonte, dos hermanos,
Ya poseidos del eterno sueño;
Alonso la Barrera, Alonso Diaz,
De gran valor en estas compañías.

Un Alvaro Beltrán, varon muy dmo
Del mas alto lugar en alabanza,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,
De quien se hizo grande confianza,
Cuyas familias en aquel camino
Eran de crecidísima pujanza;
Un Martin Lopez, un Pedro de Cales,
Entrambos capitanes principales.

Con treinta y ocho años tres quinientos
Corrian ya de la cristiana lumbre,
Cuando de los preciosos ornamentos
Tuvieron en Cubagua certidumbre,
Y cuando muy alegres y contentos
En busca dellos ya gran muchedumbre,
Con armas y pertrechos necesarios
Para se defender de los contrarios.

Estiéndense las velas á los vientos
Y el acuoso camino se despacha;
Llevólos donde lleva sus intentos
La que las menos veces es sin tacha;
Saltan en tierra, hacen sus asientos
Entre el Cabo y el rio de la Hacha;
A caballo y á pie gente de guerra
Se velan de los indios de la tierra.

Gran pueblo se trazó luego á la hora,
Partidos por buen orden los solares,
El nombre del cual fué Nuestra Señora
De los Remedios, por los que estos mares
Dieron, por ella ser interesadora,
A la gran devocion destes lugares,
Donde se descubrió tan gran riqueza
Que no puede medirse su grandeza.

Nombran alcaldes hombres de gran cuenta,
Segun el orden que antes se tenia,
Por tener en las partes do se asienta
Jurisdiccion por sí la granjeria,
Y es de gobernador libre y exenta
Estando (donde quier que se desvia)
Subyectos al audiencia del distrito,
Con diez leguas ó mas de circuíto.

Segun consta por cédulas reales,
Con otras eminencias que no junto,
Tiene también por sí sus oficiales,
A cuyo cargo es el real quinto:
No cuento lo que dan estos hostiales,
Por ser inestricable laberinto;
Mas aquel tracto suele comunmente
Enriquecer gran número de gente.

Hallaba pues la indica cuadrilla
Muy pobladas de conchas las arenas,
Pues para proveer la reddecilla
Cualquier placel les dá las manos llenas,
Perla comun, aljofar, cadenilla
De todas suertes y otras piezas buenas:
Hinchén las arcas, crecen los contentos,
Y con el gran caudal los pensamientos.

Luego la fama da evidencias gratas,
Certificándolos con prerrogativa:
Aumentáanse los tractos y contratos;
Acude de navios gran frecuencia;
Hay regocijos y apacibles ratos,
Gran amistad, amor, benevolencia:
Fueron en general estos vecinos
Refugio de los pobres peregrinos.

Alli siempre halló favor y ayuda
Cualquiera que llegó necesitado:
La pobre, la doncella, la viuda
Tuvo dote y honor y buen estado,
Con tal munificencia, que sin duda
Nadie salió de allí desconsolado;
Y el peregrino que buscó posada
Nunca jamás halló puerta cerrada.

Con voluntad á todos entrañable,
Caritativa, generosa, franca,
Dulce conversacion, grata y afable,
En todo buen aviso nada manca,
Cada cual un aspecto venerable,
Con tal autoridad de barba blanca,
Que parecían estos pobladores
Consortio de romanos senadores.

Mas no tentados de mundanos fastos,
Pues el de mas soltura fué subyeto
A términos honestos, limpios, castos,
Segun pide la vida del discreto:
Todos tenían escesivos gastos,
Porque todo venia de acarreto,
Y aun hasta el agua les costaba cara,
Por ser la tierra della muy avara.

Pues de jaqueyes de do se traía,
Eso me da en invierno que en verano,
No con pequeño riesgo se cogía,
Y siempre con las armas en la mano,
A causa de que bien la defendía
El indio lleno de furor insano:
Hartas veces volvió gente herida,
Y aun algun español perdió la vida.

Y así, cuando venian al aguada
Los indios ó los negros arrieros,
Para los defender del emboscada
Y asalto de los bárbaros flecheros,
La gente de caballo bien armada
Descubria las matas y senderos,
Asegurándolos desta contienda,
Hasta que ya hacían su hacienda.

Y adonde quiera que se descubria
Hostial que prometía mas ganancia,
Asentaban de nuevo rancheria
Algunas veces larga la distancia
Del pueblo principal que se tenia,
Guardándose con toda vigilancia,
Hasta que ya cesaron estos daños
Por la continuacion de muchos años.

Y el de cuarenta y cuatro ya llegado,
Para mejor gobierno destas greyes,
El César invictísimo, sagrado
Monarca de los principes y reyes,
Envió desde el otro potentado
A este nuevo mundo nuevas leyes,
Entre las cuales una prohibia
Estar indios en esta pesqueria.

Por la gente que en ella perecia,
Y ser vida de grandes aflicciones,
En agua sumergidos en el día,
Las noches en cadenas y prisiones;
Lo cual, como remedio requeria,
Se cometieron las ejecuciones
A fray Martin, obispo desta gente,
Del reino y Santa Marta juntamente.

El cual, segun ya queda referido,
Llegó de su naufragio mal parado;
Fué desta noble gente socorrido,
Y aun no sé si me diga cohechado,
Pues nada del negocio cometido
Quiso mudar de su primer estado:
Murmuraciones hubo no pequeñas,
Que dádivas al fin quebrantan peñas.

Y aun hubo destes indios que decimos
Quien al obispo dijo con querella:
«Si mis padres, hermanos y mis primos,
Con dulce libertad guían su huella,
¿Nosotros qué delito cometimos
Para que carezcamos siempre della?
Saber sacar aljofar infinito
Sin duda debe ser nuestro delito.

» Si por el rey está ya libertado
Cualquier indio de aquesta monarquía,
Los que tantas riquezas han sacado
Bien merecen la carta de alhorria.
¿Qué vendabal te dió que te ha mudado?
¿Qué brisa trastrocó tu fantasia?
Venias publicando buenas bulas,
¿Y agora que ves perlas disimulas?

» Liberta los idólatras insanos
Quien tiene destas Indias los imperios,
Y nosotros que somos ya cristianos
Nos quedamos en estos captiverios.
Untáronte las palmas de las manos,
Porque no pueden ser otros misterios:
Coge de todos, date buenas mañas,
Que yo te digo que tu alma engañas.»

Esto dijeron indios balbucientes
Al obispo, no menos que en presencia,
O razones que son equivalentes,
Sin que mudemos dellas la sentencia;
Pero ricos sobornos destas gentes
Su cordura volvieron en demencia,
Y así, sin mejorar los querellantes,
Se quedaron captivos como antes.

Después, pasados diez ó doce meses,
Llegaron á la costa cierto día
Navios bien armados de franceses
A fama de la rica pesqueria:
Tenian mas pavores que paveses
Los de la castellana compañía,
Y así desamparaban las arenas
Dejándose las ricas tiendas llenas:

Huyendo los criados y los amos,
Por faltar de defensa los arrieros;
Y en esta confusion de que tractamos,
Se halló con la gente que decimos
El general del reino donde estamos
Y fundador de Tunja, do vivimos,
Que es Gonzalo Suárez, muy bastante
Para cualquier negocio semejante.

El cual mostró por hechos y por boca
Sagacidad y pecho de valiente,
Pues para su defensa los provoca,
Usando de caudillo diligente,
Supliendo faltas de la fuerza poca
Con una astucia harto conviniente,
Y fué hacer enarbolar bandera
Y recoger la gente cuanta era.

Y no fué tan baldío su trabajo
Con el ardid que luego contaremos,
Que no fuese de males gran atajo
En la desproporeion destes extremos;
Pues hizo luego con el espantajo
A los franceses suspender los remos:
Juntó pues españoles desta gente
Setenta, y á caballo como veinte.

Con lanza cada cual y con adarga,
Y con los indios de la granjeria,
La playa destes términos embarga,
Puestos en orden como convenia,
Con flechas, y otros una vara larga
Que desde lejos pica parecia;
Y de indios y negros hecha cuenta
Eran mas de trescientos y cincuenta.

Detiene sus bateles el pirata
Viendo llena de gente la ribera,
Y así de tal manera se recata
Que le pareció bien mirar de fuera;
Y desde su patax ó su fragata
Enarbó de paz una bandera:
A los indios el español esconde,
Y con la misma paz se le responde.

Cada cual de las partes dió rehenes;
Hubo rescates sin poner estanco;
Truecan cosarios los robados bienes
Por perlas aquellos llaman coral blanco;
Y acabadas las ferias solenes
Quel español propuso con el franco,
Dan los cosarios velas á los vientos,
Quedando los de tierra muy contentos.

Pero como ya vieses descubiertos
Caminos á canalla tan borracha,
Para poder estar mas encubiertos
A buscar el remedio se despacha;
Y así luego poblaron otros puertos
Mas abajo del rio de la Hacha,
Do llaman la Barranca, campos buenos,
Del rio media legua y algo menos.

Donde sin centinelas ni reguardo
Por un poco de tiempo se reposa,
Por ya no parecer flecha ni dardo
De la gente cruel y helicosa;
Y en el mismo lugar pobló Luis Pardo
Un pueblo que llamó Villaviciosa,
Que fué por don Alonso Luis de Lugo,
Por ponelles encima cierto yugo.

Esto fué por el año señalado;
Mas ellos sin perder su señoría,
El de cuarenta y cinco demediado,
El asiento mudaron mas al rio,
O por ser puesto mas acomodado,
O por cumplir hacer este desvío,
Con el renombre de Nuestra Señora,
Con el cual permanece hasta agora.

Hay campo por allí muy estendido,
Ya poblado de vacas y de yeguas,
Cuyo compás se ve que mar ha sido
Por espacio de dos y aun de tres leguas,
E ya de tal manera retraído
Que tiene para siempre hechas treguas,
Dejando gran espacio descubierto
Desde donde residen, que es el puerto.

Y así por las cabañas y el aprisco
Do pastan los ganados destas gentes,
Se ven muchas horcuras, mucho cisco,
De marinas menguantes y crecientes,
Y aquí y allí montones de marisco,
Con otras muestras claras y patentes,
Por do conocerá quien puede vello
Ser mar antiguamente todo ello.

Algo después las gentes peregrinas,
Viendo las perlas ya menoscabadas,
Determinaron ir á buscar minas
A las faldas de las sierras nevadas,
Por estar á sus playas muy vecinas,
Y de tiempos antiguos afamadas,
Y ser de oro número crecido
El que de sus confines ha salido.

Era Pero Fernandez, zapatero,
Por ser de Santa Marta mas antiguo,
La guia del aurifero venero,
Vendiéndose de vista por testigo:
Determinaron ir con él primero
A se certificar de lo que digo
Diego Nuñez Beltrán con gente diestra,
Y en efecto trajeron buena muestra.

Luego se despachó gente de guerra
Con armas de algodón y duro fardo:
Unos fueron por mar, otros por tierra,
Con debidos avisos y resguardo;
Los que por tierra van acia la sierra,
Por capitán llevaban á Luis Pardo,
Y del bagax que por la mar camina
Iba por capitán Blas de Medina.

Los de tierra se van por la marina,
Peon y caballero bien armado;
Vimos el gran compás de la salina
De Tapé proveida de pescado,
Que por su cantidad es cosa dina
Hacer della mención este tractado,
Pues es general pesca los veranos
De todos estos indios comarcanos.

Hinchese de la mar adonde toca,
Mediante los influjos y crecientes,
Y en el verano ciérrase la boca
Al tiempo que los soles son ardientes;
De sal se cuaja cantidad no poca,
Y allí dentro de castas diferentes
Infinidad de pejes ahogados,
Que sin mas los salar quedan salados.

Acude turbamulta comunmente
O con su capitán ó con su jeque,
Cogen lo que parece conviniente,
O ya para comer, ya para trueque,
Sacándole las tripas solamente,
Al sol lo tienden para que se seque:
Es de tan buen sabor, que lo mas malo
Se podría tener por buen regalo.

Prosiguiendo después nuestro camino,
E yo con mi caballo bien armado,
Al rio se llegó de Palomino,
Donde cierto creí ser ahogado
Corriendo tras el barbero vecino,
Sin mirar lo seguro deste vado;
Y aun el rio no vi haciendo esto
Hasta tanto que encima me vi puesto.

Y por amedrentar aquella gente,
Que para resistencia se despierta,
Entré sin mas mirar inconveniente,
Y do pensé hallar salida cierta
El rocín atascó hasta la frente,
Por ser la playa de un arena muerta:
Hurtéme del caballo por un lado,
Y salgo bien mojado y enlodado.

La lanza sin dejalla de la mano,
El espada también iba ceñida:
Los indios desamparan aquel llano,
Y todos se pusieron en huida.
Juro como católico cristiano,
Que viendo tan gran riesgo de mi vida,
Me ocurrió la muerte de aquel hombre
Por quien el rio tiene puesto nombre.

Pues fué también en aquel mismo vado,
En el lugar y de la misma suerte,
Encima del caballo bien armado,
Y sin llevar recelo de la muerte:
Varon en Santa Marta celebrado
Por diestro, valeroso, suelto, fuerte;
Si vivo, diré del grandes hazañas
Que ciertamente son cosas estrañas.

El engaño pues visto del arena,
Tan grande y manifesto detrimento,
Escarmentados en cabeza ajena,
Mas arriba mudaron el intento,
Donde hallaron una parte buena
Por do pasaron todos á contento;
Otro dia pasamos adelante
Por Marona, que esta poco distante.

Paso por todas partes mal abierto
Que con dificultad pueden pasallo,
Donde se despenó por mal concierto
Al capitán Luis Pardo su caballo,
Y no pareció mas vivo ni muerto
Ni fué cosa posible procurallo,
Porque hasta la mar á donde viao
Había mil estados de camino.

Después de ya romper camino ciego
Y fatigada ya cualquier persona,
A la playa del mar bajamos luego
Dejando las malezas de Marona:
Pasamos otro rio de Don Diego,
Que nace de los valles de Tairona,
Y pasamos también a la bajada
El paso de la peña horadada.

En confianza de otros alimentos
Allegamos al rio de Guachaca,
Pasamos y hicimos los asientos
En parte que se dice Buritaca,
Ancon mal amparado de los vientos,
Entrete rio y el de Mendiguaca;
Y el dia que llegamos á los rios,
En el mismo llegaron los navios.

Y porque ya la noche se venia,
No se desembarcó nuestro rebaño
Ni pudo la cansada compañía
Satisfacer á su hambriento daño;
Mas esperábamos la luz del dia
Para sacar el vientre de mal año,
Y fué desvanecido pensamiento
Por tempestad de pluvias y de viento.

Brama la mar y húndese la sierra
Con impetus lluviosos y nocivos,
Porque de sus cavernas desencierra
Los vientos que Eolo tiene captivos,
Tanto que los que estábamos en tierra
Nunca pensamos amanecer vivos:
Los de la mar con vida mas incierta,
Por tener los navios sin cubierta.

Pasa por cima dellos el olaje
Embistiendo los indios y cristianos;
Desnudan todos ellos el ropaje,
Y andan en jamurar listas las manos;
Alijan parte del matalotaje
Para hacer los barcos mas livianos,
Y en medio de la dicha diligencia
Invocan la divina Providencia.

A una india que halló frontera
Golpe movido del profundo centro,
Del barco donde va la sacó fuera
Con un terribleísimo recuento;
Mas otro golpe vino de manera
Que con él se halló metida dentro,
Y entrestos furiosos embarazos
Nunca soltó su hijo de los brazos.

Admiróse la gente castellana
No viendo de quien fuese socorrida;
Mas escapóla fuerza soberana,
Y á ella y á su hijo les dió vida,
Por ser una católica cristiana
Y en cosas de la fe bien instruída;
Y aun otros indios con exclamaciones
Edifican cristianos corazones.

Y así ni mas ni menos cierto dia
En otro riguroso detrimento,
Un indezuelo y una india mia
Me movieron á tierno sentimiento,
Viéndolos invocar la Virgen pia
Ambos con un fervor vivo y atento:
Del peligro grandísimo que digo
Vivo tenemos hoy algun amigo.

Este es Domingo Félix, hoy vecino
En la noble ciudad de Cartagena,
Que como navegante peregrino
Participaba de la misma pena;
Y escapónos un indio muy ladino
De no dar al través en la arena:
Becíase Perico de Carmona,
Y esto fué cabe el paso de Marona.

El arraez determinó primero
Dar al través á do se representa,
Y el indio que nos fué buen compañero
Le dijo con desdén y por afrenta:
«¡Oh! Juan Beltrán! ¿y vos sois marinero?
¿Del barco queréis dar tan buena cuenta?
¿Y podreis escapar vos con la vida
En resaca de tumbo tan crecida?»

» En buena fe, teneis muy buena loa
Entre las alabanzas españolas.
Señores, si surgimos la canoa,
Yo pienso de libraros á mis solas
Con gobernar y componer la proa
Al impetu terrible de las olas,
Y desta hinchazon y detrimento
Saldremos en soplando cualquier viento.»

Porque la furia toda fué de calma,
Con olas tan inmensas y estendidas
Que ponian desmayos en el alma
Y en grandísimo riesgo nuestras vidas,
Dimos al indio pues aquella palma,
Mediante las razones referidas;
Surgimos, y la mar cuando venia
Los miserables cuerpos embestia.

Lloraba cada cual su desventura,
El rostro sin color y lacrimoso,
Por no bastar esfuerzo ni cordura
En alboroto tan calamitoso,
Do tiene mas valor quien mas jamura,
Sin tomar un momento de reposo.
¡Oh cuántas veces dije *miserere*
Con mayor turbación que se requiere!

Ningun verso del salmo concluia,
Y en la pronunciacion como beodo;
E una vez que ya lo proseguia
Segun mi parecer de mejor modo,
Cuando *asperges me Domine* decia,
Un gran golpe de mar me cubrió todo:
Cesó la boca de su movimiento
Quedando sin vigor y sin aliento.

No quedó menos todo nuestro bando,
Faltos ya de palabras y aun de señas,
Los cabellos y barbas destilando
Gotas amargas nada halagüeñas;
El barco demás desto va garrando
A dar en medio de las duras penas:
Avivanse los gritos y clamores,
Y crecen los mortíferos temblores.

No quedando ya mas que la camisa,
Desconfiados de la carabela,
Como viese ventar alguna brisa
Dije: «Leva reson, guinda la vela,
Que ya nuestro remedio se divisa,
Y la Virgen y Madre nos consuela.»
La vela se guindó lijeramente,
Y así salimos del inconveniente.

Quando nos víamos en la presura
Díonos alivio grande ser de dia;
A estotros por la noche ser obscura
Doblada confusion los affigia;
Y así por parecелles ser cordura
Del puerto cada uno se desvia,
Mil cosas alijando de la carga
Para poder salir á la mar larga.

Necesidad les daba priesa harta,
Aunque todos confusos y turbados,
Para que cada cual navio parta
A buscar puertos menos alterados:
Arribaron al fin á Santa Marta
Ellos y los navios mal parados,
Y aunque con el rigor que represento
Todos los llevó Dios en salvamento.

Después que ya llegó la luz del dia,
Sin dejar de llover el turbio cielo,
Toda la fatigada compañía
De aquellos que hollábamos el suelo,
Viendo que ningún barco parecia
Quedamos con terrible desconsuelo,
Creyendo nuestras gentes españolas
Ser consumidas de las bravas olas.

Estando todos pues desta manera,
Los ojos en la mar asaz despiertos,
Fuémosnos perlongando la ribera
Mirando bien las playas destes puertos,
Para ver si la mar echaba fuera
Madera, ropas ó los cuerpos muertos,
O ya reconocer señal alguna
Por do se conociese su fortuna.

Prosiguiendo la playa y el camino
Todos los mas á pié y a paso tardo,
En la resaca vimos un tocino
Que fastidio ninguno dió su lardo;
También una borracha de buen vino
Que vió Juan Pardo, hijo de Luis Pardo,
Bien atada la boca y ella llena
Al rebalaj del agua y del arena.

Los que llevábamos la delantera
Holgámonos de ver tan buen encuentro,
Y estando muy mojados por defuera
También nos remojamos por de dentro;
Pero por ser allí gente guerrera,
Volvímos temerosos de recuento
Donde quedaba nuestra gente junta,
Que es donde la bahía hace punta.

Y así como no viésemos señales
De muertos en aquellas confusiones,
Juzgámos que los mayores males
Habían sido las alijaciones,
Y estar, segun juicios principales,
Metidos en los mas bajos ancones;
Y hasta que hiciesen su venida
Determinamos de buscar comida.

Fuimos una docena de españoles
Por aquel arcabuco mas cercano,
Porque para subir á los peñoles
Era bien necesaria mayor mano;
Descubrimos ayuamas y frisoles,
Razonable manjar, aunque liviano,
Pero sin sal es cosa muy sandia,
Y esta del mar hacerse no podia.

Bien que de agua salada se hiciera,
Mas era menester haber navios,
Por estar dulce toda la ribera
De las crecientes grandes de los rios:
En precio se tenia la salmuera
De tasajos que no daban hastios,
Y pareceros ha gran disparate
Faltar la sal adonde la mar bate.

A lo menos faltaban las sequias,
Pues podemos decir por cosa nota
Que por tiempo de seis ó siete dias
Ninguno de nosotros bebió gota,
Y pienso quel manjar que se comia
Hacia toda sed estar remota;
Mas sé con todo esto que la urina
A todas horas era muy continua.

A cabo ya del catorceno dia,
Estando todos con congoja harta,
Vimos de indios cierta compañía
Que venia de acia Santa Marta,
Que para dar aviso nos traia
De los de las canoas una carta,
Diciendo que tuviésemos por cierto
Estar sanos y salvos en el puerto.

Mas sus vecinos, no sé por qué vian,
Habian hecho cierto pedimento
Al docto licenciado Miguel Diaz,
Entonces morador en el asiento,
Espresándole muchas demasias
Si no nos perturbasen el intento;
Mas por el pedimento ser injusto
No nos dió pesadumbre ni disgusto.

La sobredicha nueva y el consejo
A mí me lastimó mal el oido,
Por me tener allá mi caudalejo
Con inmensos trabajos adquirido:
Y así visto de guias aparejo
De los que con las cartas han venido,
Determiné con ellos ir por tierra
Estando la mayor parte de guerra.

Hecimos del ladrón fiel amigo,
Atravimiento de salud siniestro;
Juan Pardo solamente fué conmigo,
Soldado de la tierra harto diestro;
Partimos con los indios que ya digo,
Fiando de tan infido cabestro,
Por ser de Bonda, malos y crueles,
Mas haciéndoles bien fueron fieles.

Prosiguiendo pues nuestro desatino,
A causa de ser tierra rebelada,
En un dia volamos el camino
Que fueron quince leguas de jornada,
Con reparar en partes que convino
Resguardarnos de gente derramada;
Pero temor hacia piés lijeros
Por sierras y asperisimos oteros.

A Concha fuimos por hacer represa
De lo que en Santa Marta sucedia,
De cuya digresion nada nos pesa,
Porque hallamos buena compañía
De Francisco Ruiz y Luis de Mesa,
A quien yo de Cubagua conocia,
Los cuales me dijeron al instante
Ir ya nuestras canoas adelante.

Reposamos la noche, y otro dia
Nos embarcamos para Buritaca
En la canoa que Ruiz traia,
Yendo por puertos libres de resaca,
Hasta tanto que yo hallé la mia
En el ancon que dicen de Gairaca;
Y luego con buen tiempo caminamos
Hasta llegar al puerto que dejamos.

Con gran placer hollamos el arena,
Libres, bendito Dios, de todos males,
Por hallar ya la playa mas serena,
Absentos furiosos vendavales;
Mas á mi se me dió fraterna buena
Por Tapia y otros hombres principales,
La cual consideré con justo peso,
Reconociendo bien mi poco seso.

Hecimos ranchos pues en la marina,
Que muy poco compas desocupaba,
A causa que la gente peregrina
Otro lugar mas apto no hallaba,
Porque la tierra por allí vecina
De todas partes es montaña brava,
Y no tenia para fundar casa
Un solo palmo de zavana rasa.

Mas cerca de la playa donde digo,
Como dos ó tres tiros de ballesta,
Asiento fué de pueblo muy antiguo,
Y entonces espesísima floresta:
Para defensa pues del enemigo,
Por ser aquella parte mas dispuesta,
Cortamos grandes árboles sombríos,
Y allí fundamos casas ó buhios.

Rompiéronse los montes y riberas
Del río de Guachaca circunstante,
Tantas y tan espesas cañaveras
Que no se vido cosa semejante,
Donde se dieron buenas sementeras
Por ser tierra viecosa y abundante;
Mas daban pesadimos desdenes
Mosquitos rodadores y jejenes.

Llagadas las orejas y aun tobillos
De todos los esclavos y sirvientes,
Los rostros consumidos y amarillos,
Pecosas las mejillas y las frentes,
Aunque todos andaban con capillos
Segun los que se ponen penitentes,
Abiertos solamente por do vian,
Y por allí también los afligian.

Luego vino de paz aquella gente
Que por esta frontera residia,
Y aunque nos recelamos de presente,
Segun en tierra nueva convenia,
Guardándoles la paz bastantemente
En ellos hubo toda cortesía;
Y rescatando sus mantenimientos
Volvían satisfechos y contentos.

De miel era lo mas que se traia
Pequeñas calabazas no bien llenas,
A causa de quel bárbaro tenia
Una cierta manera de colmenas
De dentro de la casa do vivia,
Abejas grandes, mansas y tan buenas
Que carecen de aquellos agujones
Que lastiman y causan hinchazones.

En el árbol también hay abejera
Con abejas de casta diferente,
Y en el labrar diversa la manera
De aquel panal de castellana gente,
Mas son bolsas y cóncavos de cera
Do la líquida miel está patente,
Y en partes hay de miel tal abundancia
Que no deja de ser buena ganancia.

Al menos en los llanos hallan tanta,
Que sus vecinos no tienen deseos
Del Himeto, que musa vieja canta,
Ni del dulce licor de los hibleos;
Y es porque por allí cualquiera planta
Imita las que tienen los sabeos,
Donde demás del singular incenso
Este licor se dice ser inmenso.

Mas líquida miel es que de Castilla,
Mas á mi parecer no tan perfeta,
Pero medicinal á maravilla
Segun por experiéncia se decreta:
Cera nunca la vimos amarilla,
Ni por acá se saca sino prieta;
Miel se suele tornar aceda luego,
Y aquesto se remedia con el fuego.

Esto deben causar las influencias
O cualidad de montes ó de breñas,
O de abejas las muchas diferencias,
Pues hay grandes, menores y pequeñas,
Hasta tener de moscas apariencias,
En árboles y cóncavos de peñas:
Acúleos no tienen, mas sin ellos,
Se pegan á las barbas y cabellos.

Y son tan importunas y tan prestas
En el acometer á todas cosas,
Que no dejan de ser algo molestas
Y en todo cuanto pueden enojosas:
También hay por los valles y florestas
Unas avispas grandes venenosas,
Cuya herida vemos ser durable
Y altera con dolor intolerable.

De las melificas ninguna daña,
A lo menos con tanta pesadumbre:
Tienen gobierno como las de España,
Y poco diferentes en costumbre;
Todas ellas se dan muy buena maña
En el multiplicar su dulcedumbre:
Tienen sus capitanes ó sus reyes,
Sin violar el orden de sus leyes.

Conocen sus asientos ó cortijos,
Y si caminan lejos, los atajos;
Comunes las moradas y los hijos,
Comunes ansimismo los trabajos,
Los pastos, los placeres, regocijos,
Todos sus desenfados y gasajos:
En la solicitud, en el meneo,
Es una voluntad y es un deseo.

Están subyectas todas á gobierno,
Y tal que no parece ser insano,
Pues para los sustentos del invierno
Trabajan en el tiempo del verano:
Unas recogen de la flor lo tierno;
Otras en el recibo tienen mano;
Eso me da de noche que de dia,
Conservan amistad y compañía.

Entre tanto que van las unas fuera,
Las que quedan componen materiales,
Y hacen habitáculos de cera;
Otras sacan sus nuevos animales,
Otras reguardan la comun carrera,
Otras anuncian turbios temporales,
Y en barruntando tales avenidas
Se están dentro de casa recogidas.

Defienden sus trabajos y haciendas
Si las quieren robar sus adversarios;
Tienen también sus guerras y contiendas
Si se juntaron dos bandos contrarios;
Y el polvoroso viento pone riendas
En alborotos tan tumultuarios,
Do, segun el coraje de su Marte,
Escepta pluvia, nadie fuera parte.

Escogen el lugar menos nocivo
Para vivir en orden y concierto,
¡Válgame Cristo, hijo de Dios vivo,
Y con cuánto desecido me divierto,
Al sabor de la miel, en lo que escribo,
Por la que rescatamos en el puerto!
Quiero, quiero volver mi pluma flaca
Al pueblo do partí, que es Buritaca.

Eramos todos pues de condiciones
Tan blandas con el bárbaro vecino,
Que hasta de los mas bajos ancones
El contracto teníamos continuo,
Y sin hallar en él perturbaciones,
Se frecuentaba bien aquel camino,
Hasta que Ursua revolvió la tierra,
Y con su daño la dejó de guerra.

Pues antes el cobarde y el valiente
Por los pueblos pasaba sin rodela,
Y desde Santa Marta yo sin gente,
Como quien el peligro no recela,
Con solo mi caballo y un sirviente
Fué y vine hasta el Cabo de la Vela:
Calderon de la Barca, que es amigo
Destos negocios, me será testigo.

El cual también anduvo la jornada
Hecha sin el recato necesario,
Y este riesgo corrió Juan de Cañada
A quien hoy tiene Tunja por vicario,
Cuya virtud de todos estimada
Elogio merecia no sumario;
Mas son las semejantes valentías
Cierto hervor de juveniles dias.

Otras temeridades peregrinas
Por parecer dudosas no decimos,
Y en parte no parecen ser indinas
De la tener en esto que escribimos;
Mas cumple ya labrar aquellas minas,
Que fué lo principal á que venimos,
Conmovidos de voz que no fué flaca
Para ver las corrientes de Guachaca.

En cuyo compas hay ciertas quebradas
Que de cercanos altos vienen llenas,
Y manifiestan siendo cateadas
Cómo crian también doradas venas
Aquellas faldas de sierras nevadas,
Cuyo impetu roba las arenas,
Por venir muy enhiestas las corrientes,
Y ser lo bajo cumbres eminentes.

Y hay hasta lo mas alto tales ratos
Donde la nieve ven perseverante,
Que tengo por menor al monte Atos
Y aquel que se nombró del rey Atlante:
La nieve, dicen hombres insensatos,
Ser piedra blanca, clara, rutilante,
Aunque por ojos y razon se pruebe
Ser lo mas alto verdadera nieve.

Y así con tiempos claros y serenos,
Bien mirada la cumbre donde toca,
A veces vemos mas a veces menos,
Unas veces hay mucha y otras hay poca
Por derretirse parte de sus senos,
Y aun para confundir opinion loca
Veremos en los tiempos mas lucidos
Venir los rios claros y crecidos.

Luego pues nuestra gente determina
Con negros y con indios y gran grita
De labrar la quebrada mas vecina,
Cerca del pueblo dicho Maconchita:
Cada cual sus cuadrillas encamina,
Y fuemos al lugar que se recita,
Cuyas alturas son de tal manera
Que se sube lo mas por escalera.

Escepto pasos, no tampoco llanos,
Sino mesas que no son tan enhiestas;
Mas escalones van hechos á manos
(En las que son insuperables cuevas
Que no pueden subir los piés humanos)
De lajas grandes anchas bien compuestas,
Y escalas hay que tienen reventones
De mas de novecientos escalones.

Muchas en estas sierras son mayores,
Y en partes prolijisimas calzadas,
No faltas de grandezas y primores
Y de hermosas lajas enlosadas,
Que arguyen gran potencia de señores
Que solian tener sierras nevadas,
Y en los remates dellas y recuestos
Hay poderosos mármores enhiestos.

Llegamos todos pues á la quebrada
Dicha de Maconchita, cuyos lados
Tienen por guarnicion Peña tajada,
El altura de mas de cien estados,
Y aunque la baja Peña va robada
Por los lugares mas acomodados,
Las barras, almocafres, azadones
Desenvuelven recodos y rincones.

Estaban á la mira castellanos
Deseando de ver ya los secretos,
Y en comenzando de mover las manos
Regocijaronse blancos y prietos,
Por descubrir allí tan buenos granos
Que movieran los pechos mas quietos;
Y así cada cual viendo las señales
Se prometia prósperos caudales.

El uno va cantando y otro salta
Al son de sus placeres y contentos,
Creendo como debe ser sin falta
Tierra de prosperados nacimientos,
A poder subyectar la tierra alta
Y con seguridad ver sus asientos;
Porque segun las muestras de riqueza
Los nacimientos son de gran grandeza.

Pero por carecer de vertederos
O remansos que tiene tierra llana,
Y ser soberbios los despenaderos
Que contiene la tierra comarcana,
Granos de los auríferos veneros
Van á dar á la mar que está cercana,
Do hasta las arenas van barridas
Con las impetuosas avenidas.

Antes pues que subamos á lo alto
Del agua que procede desta breña
El golpe todo junto hace salto
Con una decaída no pequeña,
Y el curso, de ruido nada falto,
Tiene cavada ya la dura peña
Y de seis brazas largas pozo hecho,
La boca y ancho del no muy estrecho.

Y como por allí siempre corría,
Sin poder declinar por algun lado,
Y en lo alto del salto se cogía
Alguna cantidad de oro granado,
Grandísima sospecha se tenía
Estar allí gran golpe represado:
Fué pues Francisco Caro pretendiente
De desaguar el pozo con su gente.

No faltaron también otros hermanos;
Y así para hacer lo que refiero
Siendo bien menester copia de manos,
A Joan Ortiz tomó por compañero,
Un tío de Miguel de Castellanos,
Que no mucho después fué tesorero:
El agua no podía ser mudada
Por ser altísima peña tajada.

Y porque la grandeza del berrueco
Por ningún modo puede ser rompida,
Viendo dispusición de tiempo seco
Canal acomodada fué traída,
Por cuya longitud y cuyo hueco
Podía ir el agua recogida;
Y con solicitud que no fué poca
La pusieron encima de la boca.

Viendo pues ir el agua por encima,
Haciéndose riquísima promesa
Comienzan á vaciar aquella sima
Con cubos y con baldes á gran prisa:
El mas acobardado mas anima;
Hierva la diligencia, que no cesa;
Anda la obra sin que cesen della,
De tal suerte que ya hacían mella.

Indios buzos entraron sin recelo
Al tiempo que los otros lo vertían,
Mas no pudieron bien mirar el suelo
Para certificar lo que querían;
Pero sacaron como por señuelo
Hojas que de los árboles caían,
Y entréllas ciertas niguas de buen oro,
Como por certidumbre de tesoro.

En su prosperidad cada cual piensa;
Y estando de esperanza todos llenos,
Obscurísima nube se condensa
Con furia de relampagos y truenos,
Y tempestad de lluvia tan inmensa,
Que se hinchieron cóncavos y senos:
Quedóse como antes nuestro pozo,
Y dentro de sus aguas nuestro gozo.

Al fin por estos dichos reventones
Permanecieron nuestras compañías,
Sacando por allí dorados dones
No por pequeño número de dias;
Después mudamos nuestras poblaciones,
Y hicimos de nuevo rancherías,
Entre Tapi y el paso de Marona,
Do tiene pobló la real corona.

De la costa del mar breve desvío,
En parte rasa como les conviene,
Sácanse ricos granos en un río
Que de San Salvador renombre tiene:
Allí por dar la tierra buen avío
La gente peregrina se detiene,
En los campos tomando propiedades
Para hacer estancias y heredades.

Nunca nos perturbó gente de guerra,
Ni fué con malas obras provocada.
El compás y distancia desta tierra
Se llama comunmente la Ramada,
La cual hasta las faldas de la sierra
Es toda de grandísima llanada:
Partes son montes, partes campo raso,
Do toman lo que hace mas al caso.

Un Bartolomé de Alba, después desto,
Del nuevo reino fué con provisiones
Para fundar allí pueblo compuesto
Con las acostumbradas condiciones:
Nombre de Salamanca le fué puesto,
Donde duran cristianas poblaciones,
Por ser aquel lugar al habitante
De frutos y maíces abundante.

Y los señores de la granjería
De perlas allí hacen sementeras,
Y tienen sus estancias todavía
Por la fertilidad de sus riberas,
Siempre los indios en la pesquería,
Por no les dar su libertad de veras,
Aunque vinieron otras muchas veces
Para los libertar otros juéces.

Pues demás del obispo ya nombrado,
Se proveyó Joan Perez de Tolosa,
Y no mucho después Pablo Collado,
Ninguno de los cuales hizo cosa,
Dejándolos en el primer estado
Y en su captividad calamitosa,
Con un cierto color y condiciones:
Tanto pueden las perlas y otros dones.

Hacen al fin que mandes y desmandes
Y juzgues cosa mala por muy buena;
Pero después llegó Pero Fernandez
De Bustos, que gobierna Cartagena,
Y visto los abusos ser tan grandes,
Acabó de romper esta cadena;
Y libre ya la india ralea,
Sacan perlas con gente de Guinea.

En esto permanecen todavía
Y permanecerán los sucesores,
Porque no faltará la granjería
Entre tanto que ovieren pescadores,
Por ser caudal que siempre la mar cria
Y allí ser apropiados los humores:
Costa de agua tan necesitada
Que no se mezcla dulce con salada.

De la continuación deste camino
Diversa pretension mis pies aparta;
Pero mucho después cierto vecino
Me dió muy larga cuenta por su carta:
Como don Lope de Orozco vino
A ser gobernador de Santa Marta,
Y á poblar envió gente novela
Mas arriba del Cabo de la Vela.

No dejaron de concebir malicia
Los de la granjería de presente;
Mas don Lope, constando por justicia
A su gobernación ser competente,
Y tener demás desto ya noticia
Haber allí gran número de gente,
Determinó fundar pueblo con vara,
El cual no fuera malo si durara.

Llámase la provincia Macoira,
Tierra de serrezuelas y de llanos.
La población causó no poca ira
Al mariscal Miguel de Castellanos:
Infamanto, mas creo ser mentira
E invención de perdidó cristianos;
Pero dicen al fin que por su mando
Formó rebelion bárbaro bando.

Son intenciones falsas y malinas
Que no perdonan las mas altas cumbres,
Pues á guanebucanes y cocinas
Bastaba para sumas pesadumbres
Ver gentes castellanias tan vecinas
Perturbando sus usos y costumbres,
Para hacer guerreros movimientos,
Y mas habiendo malos tractamientos.

Esto fué por el año de setenta
Y siete, poco mas, segun se muestra:
No fué la poblacion poco sangrienta,
Por ser la gente della poco diestra,
Y á guerreros asaltos muy atenta
La otra de la barbara palestra,
En fuerza y en esfuerzo y en aliento
Potente, y en soltura como viento.

Y diceme Juan Perez, un sillero
Que pasó los llanos y la sierra,
Que si se cuentan todos por entero,
Habrá sobre seis mil hombres de guerra,
Recogidos en el rincón frontero
De diversas naciones de la tierra:
Confinan todos con el alaguna,
Y no muchas jornadas, sino una.

Nombró don Lope pues por su teniente,
Para poblar en esta pertenencia,
A Hierónimo Lerma, diligente,
Mas para guerra falto de esperiencia,
Y dos hermanos suyos juntamente
Criollos y de noble descendencia,
Y fué su padre Francisco de Lerma,
Cuya bondad no vimos ser enferma.

Poblaron finalmente los hermanos
Con otros que podrian ser cuarenta;
Y por todos los indios comarcanos
Una sincera paz se representa:
Y así con el trabajo de sus manos
El pueblo fabricado se sustenta,
Do sin adivinar malos reveses
Residirian como cuatro meses.

Debajo de las cuales amistades
Los bárbaros feroces les servian,
Trayendo para sus necesidades
Aquellos materiales que pedian;
Pero pasaron importunidades
A pedirlles el oro que tenían,
Entrando por sus pueblos á buscarlos
Muchas veces sin armas ni caballos.

No todos juntos, pero divididos
Por asientos y partes diferentes,
Sin considerar males sucedidos
De semejantes inconvenientes;
Y como mozos locos y perdidos,
Llenos de juveniles accidentes,
Cada uno se pensaba ser un muro
Para poder dormir sobre seguro.

Estando pues los Lermas cierto dia
Entrellos, sin sospecha de su lloro,
Un principal cacique les traía
Algunas joyas no de muy buen oro;
Y el Juan de Lerma que las recibía,
Con ira, sin guardalle su decoro,
Con los dones, por vellos no ser ricos,
Al cacique le dió por los hocicos.

El bárbaro no hizo sentimiento;
Mas viendo tan notoria destemplanza,
Con disimulacion en el momento
Propuso de tomar llena venganza;
Y así luego salió del aposento
Y aperebió macana, dardo, lanza,
Haciendo señas, sin abrir la boca,
A las cuales su gente se convoca.

No va con tal vigor tras veloz cierva
El moloso lebrél que ven sus ojos,
Cuanto furor llevaba la caterva
Para satisfacer á sus enojos:
Macanas largas, flechas no sin yerba,
Y dellas crecidísimos manojos,
Halláronlos con muy quieto pecho,
Y acaso se reian de lo hecho.

Con el ruido del arremetida
Pálido sobresalto los despierta:
Desean los remedios de su vida,
Y el esperanza saíles incierta.
; Oh cuántas veces piensan su huida!
Pero fortuna no les daba puerta.
Al fin salen á ellos como buenos,
Porque ya no podian hacer menos.

Villana cobardía se desecha
Del filo del espada castellana;
Pero su filo no les aprovecha,
Pues prevalecen golpes de macana:
No pueden resistir á tanta flecha,
Ni dellos queda ya persona sana;
Y así los lleva fiero movimiento
Como á pajas menudas recio viento.

El impetu fué tal y de tal suerte,
Que cada cual de vida desespera;
Mas flacos son los golpes del mas fuerte
Que de la mas cascada cañavera:
Murieron treinta y seis de mala muerte;
Murieran muchos mas si mas oviera....
Un muchacho huyó del mortal sueño,
Que no lo vieron ir por ser pequeño.

Este, que con aliento los pies mueve,
Pudo ver el lugar recién poblado,
Donde quedaron solamente nueve;
Los cuales en negocio tan pesado
Tomaron el acuerdo que se debe,
Que fué poner en fuga su cuidado,
Y á no ser tan veloce la partida
También partieran ellos de la vida.

Eran la mayor parte chapetones,
Rústicos labradores y villanos,
Los cuales en aquestas ocasiones
Fieron mas de pies que de sus manos:
De sed pasaron grandes aflicciones,
Hasta llegar á pueblo de cristianos,
Adonde procuraron dar cumplida
Cuenta de la desgracia sucedida.

El caso perebido por don Diego,
Hijo del buen don Lope que ya digo,
Pareciéndole mal mucho sosiego
En ir á castigar al enemigo,
Con sesenta soldados partió luego
A las ejecuciones del castigo:
Pero Ruíz de Tapia lo seguía,
Hijo del otro desta nombradía.

Con los que van subyectos á su mando
Entró por las primeras poblaciones,
Prendió ciertos caciques en llegando,
Y enviólos en asperas prisiones:
Después se congregó bárbaro bando
Para domar cristianos corazones,
Y acometer feroces y crüeles,
Segun á ciervos tímidos, lebreles.

Asalto fué no poco riguroso
Por tomallos un poco descuidados,
Y con aquel furor impetuoso
Mataron luego dos ó tres soldados
Y un docto sacerdote religioso,
El cual cayó los pechos traspasados:
Finalmente, demás de los caidos,
Quedaron otros muchos mal heridos.

En aquesta crüel arremetida,
Como fortísimo leon de Caspia
Don Diego de Orozco no se olvida
De su generosísima prosapia;
Su buen valor ansimismo convida
Al capitán Pero Ruíz de Tapia,
Rompiendo con caballos y peones
Por duros y feroces escuadrones.

Desbarataron la mayor pujanza
Haciendo cada cual heroicos hechos:
Sanguinolento hierro de la lanza
Traspasara las espaldas y los pechos;
Pero no fué tan grande la venganza
Que con ella quedasen satisfechos,
Mas indica cuadrilla fué rompida
Y entonces los pusieron en huida.